

SIR STEVE STEVENSON

Agatha Mystery

ASESINATO EN LA TORRE EIFFEL



Agatha Mistery, aspirante a detective con un olfato extraordinario, rueda por el mundo con el chapucero de su primo Larry, su fiel mayordomo y el gato Watson para resolver los misterios más intrincados.

ASESINATO EN LA TORRE EIFFEL: Esta vez, Agatha y Larry tienen que ocuparse ni más ni menos que de... ¡un caso de asesinato! Han matado a un importante diplomático ruso en la torre Eiffel y enseguida los dos primos se pondrán a seguir el rastro del asesino. Solo tienen una pista, las últimas palabras de la víctima: «Rosa roja». ¿Será suficiente con la perspicacia de Agatha para encontrar al culpable en una ciudad tan grande como París?

Participantes

Agatha

Doce años, aspirante a escritora de novela negra; tiene una memoria formidable.

Larry



Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.

Mr. Kent



Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.

Watson



Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.

Gaspard



Pintor bohemio que vive en una buhardilla de París.

Destino: París (Francia)



Objetivo

Hallar al asesino del diplomático ruso Vasili Prochnov, fallecido en lo alto de uno de los monumentos más famosos del mundo: la torre Eiffel de París.

Dedicado a Frida, que siempre me acompaña, tanto en las historias reales como en las de ficción

Quisiera dar las gracias a los cientos de personas, grandes y pequeñas, que han contribuido al éxito de Agatha, Larry y la novela detectivesca infantil. Sin unos organizadores excelentes todo esto no hubiera sido posible; por lo tanto, estoy especialmente agradecido a Monia Grisendi y Stefania Erlindo (BiblioDays de Novellara), Emanuele Vietina (Lucca Comics&Games) e Ilaria Avanzi (Noir in Festival de Courmayeur).

Prólogo. Empieza la investigación

Levantarse un domingo a las ocho de la mañana para asistir a la videoconferencia de descriptación no se encontraba entre las cosas que más le gustaba hacer a Larry Mystery. Para no quedarse dormido, el aprendiz de detective más noctámbulo de la Eye International bebía una lata de Coca-Cola tras otra. Las burbujitas le borboteaban ruidosamente en la barriga.

Pero no era la soporífera clase del agente EP34 lo que preocupaba al joven londinense. Por las ventanas de su ático podía ver el centro de Londres rodeado de un puñado de nubarrones negros que anunciaban tormenta. El chico echó un vistazo a la columnita de mercurio que había en la cornisa y dejó escapar un gemido.

—No puede ser... ¡Cinco bajo cero!

No tardaría demasiado en ponerse a nevar.

Un gran temporal, como había anunciado el servicio meteorológico. Tenía que actuar con rapidez: salir de casa bajo un bombardeo de copos helados tampoco se encontraba entre sus diez cosas preferidas.

—¡Ah! Podría fingir una pequeña avería técnica —murmuró para sí, despeinándose la negra melena—. Me esperan unas buenas vacaciones en París con mi hermano Gaspard; ¿por qué estropearlas incluso antes de salir de casa?

El chico deslizó sus dedos por el teclado, con la mirada clavada en la webcam para no levantar sospechas entre el resto de los participantes de la videoconferencia. Entró en la configuración del ordenador e inició un programa pirata con el sugestivo nombre de *Tsunami electrónico*.

En la pantalla apareció una ligera onda, seguida de una serie de temblores que se propagaron por la imagen y la fueron distorsionando y oscureciendo cada vez más.

Un minuto más tarde, parecía que todo hubiese arrasado bajo los efectos de un devastador maremoto. La puntillosa profesora de descryptación se dio cuenta de que algo no iba bien e interrumpió la clase de repente.

—¿Qué sucede, agente LM14? —le preguntó con su estridente vocecita, antes de endurecer el tono—: ¿Agente LM14?, ¿todavía está conectado?

Larry distorsionó su voz aplastando con los dedos la esponjita del micrófono para fingir que había interferencias.

—Estoy... ffuu... perdiendo... la señal —respondió agitado—. ¡Es culpa del... fffuuuu... mal tiempo!

Un momento después, la pantalla se quedó completamente negra. El chico apagó el ordenador a toda prisa y se quitó los auriculares.

—¡Eres el mejor, Larry! —exclamó levantando sus largos y escuálidos brazos en señal de victoria—. No hay nadie que pueda superarte en el arte del subterfugio.

Se acabó de un solo trago la última lata, la dejó encima de un montón que se mantenía en un equilibrio precario sobre el escritorio y se puso el abrigo, los guantes y el pasamontañas. La bolsa de viaje ya estaba preparada junto a la puerta, pero cuando iba a cogerla su mirada se detuvo en una especie de teléfono móvil que estaba colgado en la pared.

Era el EyeNet, su valioso ingenio de alta tecnología.

En el interior de aquel elegante aparato de titanio se ocultaba una cantidad de tecnología digna de una película de espías, que los alumnos de la Eye International utilizaban para cumplir sus misiones de investigación por todo el mundo.

Larry no se separaba de él casi nunca. Pero esta vez no tenía que hacer ningún examen; se iba de vacaciones, a descansar. Durante unos cuantos días no quería pensar en

la escuela. Con el EyeNet en la mano, se lo pensó durante un momento más, y finalmente se decidió.

—Aquí estará seguro... No me haría mucha gracia que se me cayese desde lo alto de la torre Eiffel.

Devolvió aquel artefacto a su sitio y cerró la puerta del ático girando la llave tres veces. Tenía que ir a la estación de Saint Pancras a coger el Eurostar, que recorría el túnel del Canal de la Mancha. Este tren iba a trescientos kilómetros por hora y tardaba menos de dos y media en llegar a la capital francesa. Era un prodigo tecnológico que le causaba escalofríos de emoción.

—Llegaré a casa de Gaspard a tiempo para comer —dijo contento mientras caminaba por la acera, sin preocuparse por los copos blancos que comenzaban a bailar por el aire—. ¡Suerte que no he ido en avión!

Al decir esto pensaba, obviamente, en la primita Agatha, que había despegado a primera hora de la mañana con el mayordomo, mister Kent, y el gato, Watson. Ellos ya habrían llegado al estudio parisino de Gaspard y, con toda probabilidad, estarían aguantando el rollo macabeo sobre arte que les estaría soltando su hermano.

Absorto en sus pensamientos. Larry llegó a Saint Pancras con tiempo de sobra: el tren no salía hasta las nueve y media de la mañana. Al entrar en el vestíbulo, se quedó de piedra: las colosales arcadas metálicas, el suelo de espejos y los brillantes vagones del tren que había en las vías hacían que la estación pareciese una base espacial del futuro.

—¡Por todos los agentes secretos! —exclamó electrizado.

Una voz detrás de él le heló la sangre al instante.

—¿Qué hace aquí, agente LM14?

No le hizo falta darse la vuelta para identificar al propietario de la voz: era su profesor de prácticas de investigación, nombre en clave UM60.

¿Por qué estaba también en Saint Pancras? ¿Había ido hasta allí para abroncarlo por haber huido de aquella mane-

ra tan precipitada de la conferencia de descriptación?

Petrificado y sonrojado, Larry comenzó a balbucear excusas.

—Eeehhh... Siento lo de la clase, pero ¡prometo que no volverá a pasar!

—No sé de qué me habla, detective —replicó con sequedad LM60—, y además no me interesa. ¡Tengo cosas más importantes que hacer!

El chico suspiró aliviado y entonces pudo reunir el coraje suficiente para darse la vuelta y mirar a la cara a su profesor. Sin embargo, tuvo que bajar la mirada porque el agente UM60 era un hombrecito que apenas le llegaba a la cintura.

Acostumbrado a verlo a través de la pantalla, Larry no se había dado cuenta hasta entonces de que aquel hombre se parecía mucho a un pingüino con un sombrero en la cabeza, y tuvo que esforzarse para reprimir una carcajada.

—¿Sucede algo, agente LM14? —preguntó suspicaz el profesor.

—Eh, no... ja, ja, ja... ¡Le juro que no!

—¿Por qué me mira así?

—Me he fijado en que lleva una maleta... ¿Va a algún sitio? —preguntó Larry para despistarlo.

—Eso me parece evidente —puntualizó el agente UM60 alisándose el bigote engominado—. Cojo el tren de París de las nueve y media. Tengo que resolver un caso urgentemente.

Larry estaba a punto de dejarse llevar y comenzar a reírse, pero para no quedar mal ante su profesor, le cogió la maleta y se dirigió como un cohete hacia el tren.

—Deje que le acompañe al vagón —le dio tiempo a decir.

Desafortunadamente, no se había fijado en la robusta cadenita que unía la maleta a la muñeca de su profesor.

Y de esta manera, con un fuerte golpe y un grito de dolor, comenzó el largo día del joven estudiante de detective

Larry Mistery, dedicado al caso más peligroso de su carrera.

1. El estudio de Gaspard

Que todos los miembros de la familia Mystery tenían un punto de excéntricos era algo que Agatha, una jovencita de doce años, ya sabía desde hacía bastante tiempo. Recordaba las cenas de Nochebuena en casa de los abuelos, con la mesa llena de cosas apetitosas, y las conversaciones de los tíos, los primos y los parientes lejanos. Todos vivían repartidos por diferentes partes del mundo, ejercían oficios imposibles de clasificar y hablaban la lengua de su país de residencia; por lo tanto, las reuniones familiares se convertían en unos simposios tan vivaces e internacionales que hubieran sido la envidia de Naciones Unidas.

La única excepción la constituía Samuel Mystery, el padre de Larry. Este cambiaba de actividad continuamente, siguiendo aquello que le apasionaba en cada momento, y hablaba tantas lenguas que ya no podía ni contarlas. Sobre todo se casaba y se divorciaba muy alegremente. De su reciente matrimonio con una campeona de curling noruega había nacido Ilse, su tercera hija, que era muy rubia. Larry era el mediano y había llegado al mundo cuando Samuel Mystery se dedicaba a crear jardines para Su Majestad la reina de Inglaterra. Su primer hijo, en cambio, había nacido en París y se llamaba Gaspard; Samuel había conocido a su madre cuando trabajaba como diseñador de alta costura para los cachorrillos más elegantes de la Ciudad de la Luz.

Gaspard tenía ahora veinte años, estudiaba pintura en la prestigiosa academia Belle Époque y pasaba la mayor parte de los días en su estudio, situado en una vieja buhardilla con vistas a Notre Dame.

Gaspard era delgaducho, con un volcán de cabellos rizados en la cabeza y una bata que siempre estaba manchada de pintura.

—No te toques la nariz, primita —le decía justo en ese momento a Agatha, que estaba sentada en una raída butaca que habían colocado junto a la claraboya para componer la escena—. Quédate en esta posición un poco más, *ma chérie*, ¡quiero captar toda tu agudeza!

Agatha reprimió una sonrisa. Aquel era el vocabulario típico de Gaspard, plagado de adjetivos rebuscados y exclamaciones en francés. Pero ella, más que aguda, se sentía helada hasta los huesos. Afuera soplaba un viento polar y las estufas de leña de la sala no acababan de calentar el ambiente.

Watson, su gatazo de espeso pelo blanco, se había buscado un rincón calentito al lado del fuego.

—¿De verdad quieres ser escritora? —preguntó al cabo de un rato Gaspard, alejándose del caballete con el carboncillo en los dedos.

—¿Ya puedo hablar?

—*Oui, oui*, ¡claro que sí! —se disculpó su primo—. ¡El boceto ya está acabado!

Agatha se levantó de un salto, puso recta la espalda y comenzó a frotarse las manos para reactivar la circulación.

—Me gusta mucho escribir —dijo con timidez—, ¡pero todavía me queda mucho por aprender!

—¿Qué género de libros prefieres?

—Relatos de misterio, con golpes de efecto...

—¿Novela detectivesca?

Ella empezó a reírse a carcajadas.

—Sí, con detectives torpes que no descubren nunca al culpable si no tienen un golpe de suerte inesperado —añadió pensando en su primo Larry, su compañero en innumerables aventuras.

Ya eran las doce y quedaba poco para que llegase. Conociéndolo, se quejaría de la nieve todo el día.

—Por cierto, ¿cuánto tiempo hace que no ves a tu hermano? —le preguntó a Gaspard.

Él se escurrió entre las telas y los marcos que estaban amontonados por todas partes. Se detuvo para acariciarse sus patillas bohemias y escogió un cuadro lleno de polvo.

—¡Aquí está! —exclamó satisfecho limpiando la tela con la manga de la bata—. ¡La última vez que Larry vino a verme parecía un chiquillo espantado!

Le pasó el retrato a Agatha, quien rio al verlo: su primo tenía los pelos de punta, las mejillas redondeadas y la mirada de enfado. Para darle un toque irónico, Gaspard le había dibujado unas patas de gallina en vez de unos zapatos.

—Pues sí, cuando tenía diez años era bastante malcarado —comentó con alegría la chica—. No se puede decir que haya cambiado demasiado, la verdad.

Gaspard miró el cuadro, perplejo.

—¿Cómo sabes que tenía diez años?

—Aquí abajo está la fecha.

—*Oui, oui*, ¡qué despistado soy! —rio él. Le guiñó un ojo y le dijo—: ¡Ya me habían dicho que no se te escapaba nada, *ma petite Agatha!*

En aquel preciso instante, se oyeron unos ruidos provenientes del baño y Watson irguió las orejas. Cuando se abrió la puerta y apareció la imponente figura de mister Kent, el gato volvió a dormirse tranquilo.

—¿Puedo dejarme el albornoz puesto? —pregunto afligido el mayordomo de Mystery House—. No me gustaría resfriarme...

El joven artista, excitado, comenzó a mirarlo desde todos los ángulos.

—Nunca he retratado a un boxeador tan robusto y lleno de ímpetu —exclamó, en una nube—. ¡Será una obra *extraordinaire!*

—¿Usted cree, señorito Gaspard? —preguntó mister Kent, contemplando dubitativo los guantes rojos que había tenido que ponerse para el retrato de grupo.

Agatha se acercó corriendo para ayudarlo.

—Será cosa de unos pocos minutos —dijo, dirigiéndose a su primo—. ¿A que sí?

—*Oui, oui*, muy pocos —confirmó el pintor.

Mister Kent cruzó la sala encorvado, se colocó detrás de la butaca, se quitó con lentitud el albornoz y se quedó solo con unos pantaloncitos.

—¡Ahora puños arriba, pecho hacia fuera y mirada re-suelta! —sugirió Gaspard.

El hombre obedeció sin quejarse. Como mayordomo de Agatha, estaba acostumbrado a las situaciones más estrambóticas, aunque aquella era una prueba difícil.

Mientras en el estudio se hacía un silencio irreal, la joven londinense apoyó los codos en la cornisa y contempló la calle. Ya habían encendido las luces de Navidad y la gente caminaba con paso ligero, como si quisiera huir de la tormenta que se estaba desencadenando sobre la ciudad. A lo lejos se erigía Notre Dame, resplandeciente con toda su aureola gótica. Aquella visión le evocó algunas escenas para una novela ambientada en París durante la construcción de la catedral: una trama plagada de delitos y conspiraciones.

En plena inspiración, Agatha sacó de la bolsa su fiel libreta para poder tomar notas. Le hubiera gustado consultar algunos libros de historia, pero en el estudio solo había telas, tubos de colores, pinceles y otros instrumentos para pintar.

Se puso a escribir muy concentrada.

Todos se sumergieron en su actividad hasta que fueron interrumpidos por unos insistentes golpes en la puerta.

—¡Abridme, que me congeló! —gritó Larry Mystery en un ataque de desesperación.

Gaspard se precipitó hacia la entrada, quitó el cerrojo y recibió a su hermanito con un calido abrazo.

Pero Larry seguía siendo Larry.